

El patrimonio inmaterial: nuestras palabras

Jesús de la Villa

La lengua que hablamos es, probablemente, el patrimonio más rico con el que cuenta todo ser humano. Por medio de la lengua se organiza el pensamiento, se produce la comunicación y la interacción entre los individuos, se generan sentimientos de comunidad, se obtiene el placer de la lectura y el canto y tantas cosas más. Por ello las lenguas han sido consideradas desde siempre las principales manifestaciones de las culturas y las civilizaciones, más aún que la religión o el arte. Una lengua define una forma determinada de ver el mundo, de comprender la realidad: nosotros tenemos una sola palabra para referirnos al color blanco, mientras los esquimales tienen numerosas palabras diferentes para referirse a los distintos tipos de blanco, porque lo necesitan para describir la realidad que les rodea; algunos pueblos que viven en bosques tropicales son capaces de diferenciar lingüísticamente decenas de matices del verde, mientras que en japonés y otras lenguas no hay palabras para diferenciar ni siquiera el verde del azul; para los pueblos latinos y otros muchos el Sol es inequívocamente masculino, mientras la Luna es claramente una entidad femenina, mientras en alemán estas entidades son, casi incomprensiblemente para nosotros, “la Sol” y “el Luna”. Todas estas diferencias reflejan conceptos, visiones muy diversas de la realidad.

Por ello es imprescindible que se conserven y se utilicen todas las lenguas del mundo y que se conserven con tanta riqueza como sea posible. Incluso, dentro de cada lengua, debemos considerar como patrimonio común los dialectos, las variedades geográficas, aunque estas diferencias solo afecten a unas pocas expresiones típicas, algunas palabras. Y no existe lugar en el mundo, por pequeño que sea, que no tenga particularidades propias, que son la expresión de su propio carácter.

La comarca de Peñafiel no es una excepción. A lo largo de los años he intentado recopilar términos o usos de términos que sean propios de nuestra tierra. Muchos amigos me han

transmitido y han recogido para mí palabras a veces raras o en desuso que forman parte de nuestro patrimonio lingüístico. Evidentemente, no todas son exclusivas de la zona, pero su uso más frecuente que en otros sitios las hace características de nuestra habla. En otros casos se trata de arcaísmos, palabras que fueron comunes en otros lugares, pero que se han perdido en ellos y se conservan aquí. Por supuesto, las palabras más interesantes son los “localismos”, es decir, aquellas que sólo se utilizan en Peñafiel y su comarca.

Para buscar estas palabras raras y, a veces, particulares, debe darse primero la condición de que no se use en otros lugares o, al menos, en el entorno geográfico del lugar. Un segundo indicio de su particularidad es que no estén recogidas en el diccionario de la Real Academia Española o en cualquiera otro de los grandes diccionarios con que, por suerte, contamos en nuestra lengua.

Un ejemplo de palabra en progresivo desuso, pero todavía utilizada en nuestro entorno es *veláy*. Su origen es claro: *vele ahí*, *vela ahí*, es decir, “ahí lo puedes ver”. Todavía hay mucha gente de edad que la utiliza en Peñafiel y creo que todos la entendemos. Es un término común, que sí aparece en el diccionario de la RAE y que se ha utilizado y utiliza en otras partes de España. Lo que la hace característica de nuestra habla no es por tanto su exclusividad o su rareza, sino la vitalidad que todavía tiene aquí.

Un escalón más de rareza tienen aquellos términos que no están recogidos en el diccionario de la RAE, lo que asegura que no son muy comunes, pero que no son solo de aquí. Un ejemplo de ello es la palabra *alipende*, que significa “persona rara, trapacera, atontada o malvada”. Esta palabra, que se utiliza todavía en nuestra comarca y que me ha sido proporcionada por mi amigo José María García Molinero, no está en el diccionario de la Academia, pero sí otra relacionada con ella, como es *lipendi*. Y resulta que pertenece a una familia de palabras muy extendida

por toda la geografía española, entre las que también se encuentran *alpende*, *alpendre* y otras que fueron estudiadas por otro amigo, mi colega Emilio Nieto, el mejor etimologista que conozco, y que él hace venir del latín *appendix* “apéndice, aditamento”. Por una larga evolución habría pasado a referirse al “apéndice de la casa, el cuarto secundario donde se almacenan los aperos de labranza, luego los trastos que se acumulan en ese tipo de lugares y de ahí, finalmente, al propio significado de “trasto”, que, metafóricamente, también habría podido darse a las personas. Un *alipende* es, por tanto, un trasto. Y, aunque rara y en desuso en la actualidad, está atestiguada en otras muchas regiones. Su uso no es exclusivo de Peñafiel, pero el hecho de que aquí se haya conservado su uso es un rasgo de nuestro patrimonio lingüístico.

Otro ejemplo de palabra relativamente rara fuera de la comarca de Peñafiel, pero usada aquí por algunas personas todavía es *zaraballo* “trozo, currusco de pan”. Tampoco está en el diccionario de la RAE. Y en este caso, hasta donde yo conozco, ni siquiera sabemos su etimología. Es interesante, sin embargo, que, aparte de en nuestra comarca, también se utiliza en algunas zonas de Burgos y, sobre todo, en la Mancha, en particular en Cuenca y Albacete. Tiene variantes: *zaragallo*, *zangallo*, *zangallón*, *zangaño*, *zangullo*. Una variación tan grande en una palabra manifiesta sin duda una utilización muy popular, que no ha llegado a encontrar su camino hasta la lengua culta. Lo que sí podríamos preguntarnos es cómo llegó a Peñafiel y por qué no está en zonas cercanas a la nuestra. La respuesta es difícil, pero cabe formular hipótesis. Pudiera ser que la trajera alguien procedente de aquellas tierras y aquí hiciera fortuna y luego se extendiera. Pero, para que alcance un uso corriente, por lo general se requiere que un grupo de personas lo haya asumido colectivamente y lo haya traído. Si este fuera el origen, hay varios grupos a los que se podría atribuir: quizá los arrieros, que recorrían toda España, o los pastores, que iban al Sur y volvían. Por el momento no lo sabemos pero, sea cual sea su origen, forma ya parte de nuestro acervo lingüístico.

Junto con este tipo de palabras, que son raras, pero no exclusivas de la comarca de

Peñafiel, podemos mencionar otras que sí parecen ser exclusivas. Y, entre todas, hay tres que me parecen especialmente interesantes porque, a diferencia de las dos ya mencionadas, siguen teniendo un uso amplio en Peñafiel y su comarca: *lucera*, *escañar*, y *quinchón*. Ninguna de las tres está en el diccionario de la Real Academia y no aparecen tampoco, hasta donde sé, en diccionario alguno. Tampoco han recibido, que yo sepa estudio ni explicación. Por otro lado, no se entienden fuera del estrecho marco del entorno de Peñafiel. ¿Cuál es o puede ser su origen?

La más fácil de explicar de todas es *lucera* “respiradero de las bodegas subterráneas en forma de torrecilla”. Las luceras forman parte del paisaje de todos los pueblos de la comarca y aún de otras, pero sólo aquí reciben este nombre, que ya no se entiende ni en Aranda, al Oriente, ni en Tudela, a Poniente, ni en la zona de Segovia, al Sur. Parece claro que esta palabra está relacionada con “luz” y, aunque su función no sea precisamente la de iluminar el interior de las bodegas subterráneas, es



verdad que, cuando se las mira desde el interior, se puede divisar en lo alto el atisbo de luz que entra por los respiraderos que se abren en su parte superior. Quizá sea este el origen de este nombre. Pero cabe también que se trate de una asimilación a otras aberturas en el tejado de casetas e, incluso, de bodegas que en algún tiempo sí se practicaran para dejar entrar la luz. Este significado, sin embargo, el propio de la iluminación, de la luz, no se ha conservado, si es que existió. Y así *lucera* se ha convertido en el sentido con que la usamos en un “peñafilelismo”.

El verbo *escañar* “podar las ramas de los árboles, aligerar la copa de los pinos y otros

árboles altos” es también una particularidad de nuestra tierra. El término se parece mucho a *escaño* “banco de madera”. ¿Cómo ha podido crearse este término? El origen de *escaño* es el latín *scamnum*, que significaba ya eso mismo, asiento corrido de madera. La palabra latina ha dado derivados en casi todas las lenguas romances, sus hijas, con diversos sentidos, siempre relacionados con la madera. Hay sitios donde significa “ataúd”, en otros “andas”, en otros “cuna” e, incluso, parece que en Asturias se usaba para referirse a unos palos gruesos que sujetaban la carga en los carros. Dado que tanto las andas como las cunas como los travesaños del carro estarían hechos con ramas de un cierto grosor, cabe la posibilidad que de *escaño* se creara un verbo *escañar* que indicaría precisamente cortar esas ramas de los árboles. Se trataría, en todo caso, de una formación aparentemente exclusiva de nuestra tierra.

La tercera palabra de la que me voy a ocupar es *quinchón* “trozo de tierra, zona que sobresale de una tierra para meterse en otra, rincón”. De nuevo no está recogida como tal por la Academia y su uso, aunque vivo en Peñafiel y su entorno, no se extiende más allá. Esta palabra se puede poner, a mi juicio, en relación con *quiñón* y en última instancia está relacionada con *quinto*, es decir, la quinta parte de algo. Originariamente el

término *quinio*, de donde *quinione* y luego *quinion*, *quiñón*, se referiría a la quinta parte de la producción de una tierra que daba el renteror a su propietario. De ahí pasaría, por un lado, a significar la tierra misma, como sucede con su hermana la palabra *quinta*, que equivale a una finca. De la noción original de “quinta parte de una tierra” pasaría indicar simplemente un trozo de tierra. La forma *quinchón*, tiene, por otra parte, una hermana muy cercana en Argentina, donde el término *quincho* se refiere a un cobertizo que suele cubrir un rincón del patio o jardín para guardar la herramienta o la leña. De nuevo se trata de una referencia a una parte de una propiedad, pero, además, típicamente en una esquina en un rincón de ella. La palabra argentina debe proceder también de España y asegura que el término tuvo en otro tiempo un uso más amplio. La forma con *nch* de *quinchón* en vez de *quiñón* quizá sea el resultado de la influencia de la palabra *rincón*.

Y así acabamos por ahora. Son decenas las palabras semejantes que podríamos comentar. Todas ellas forman parte del patrimonio lingüístico de nuestra comarca. En próximos números de esta revista comentaremos otras. Invitamos, además, a nuestros lectores a hacernos llegar en persona o a través de la revista otras palabras raras que recuerden de su infancia o que fueran utilizadas por sus mayores. En la medida de nuestras posibilidades iremos comentándolas poco a poco.